

Entre las poesías que celebraron la estima de este gran maestro, fué esta, que declara con exceso el afecto del devoto que la compuso:

*Ingenio Thomas, calamo Augustinus, amore  
Bernardus, Paulus foenore, morte Scotus.  
Franciscus nihilo, latis patenter Iobus,  
Ignatius zelo, religione Xavier.  
Nomine reque simul (scruteris) uterque Ioannes.  
Munere, Pauperie, more, Pudicitia.  
Hic iacet: O maerens lachrimas conpesce viator!  
Clausaque sit mortis ne tibi causa, lege.  
Iustus erat: iste solo fulsit, quis turba viatrix  
Fulgeat ergo, quibus turba Beata, Polo.*

La vida de este siervo de Dios la escribió el P. Andrés Perez en su *Historia de los triunfos de la fe*, y celebra sus virtudes Juan Bautista Rho, en muchas partes de su *Historia Varia*.

P. NIEREMBERG.

---

### P. ALONSO GUERRERO

---

NACIÓ el P. Alonso Guerrero en la ciudad de Méjico, cabeza del reino de la Nueva España, de padres tan piadosos como calificados en nobleza, pues en aquella ciudad uno de los linajes más conocidos y estimados es el de los Guerreros de parte de padre; y el de Villaseca de parte de madre, ha sido siempre tenido por muy noble; y aunque el uno y otro han sido muy hacendados, y el paterno ha tenido y hoy tiene tres muy ricos mayrazgos, sin otras muchas rentas, haciendas y posesiones; pero mucho más hacendado fué el materno, pues su abuelo Alonso de Villaseca (el cual fué el primer fundador y patron del colegio de Méjico, en cuyo derecho sucedió D. Alonso Guerrero), tuvo fama del hombre más rico que habia en aquel reino, y hasta hoy dura el decir, por exageracion de que un hombre es muy rico: *Es un Villaseca*.

Críose D. Alonso con muy gran virtud y recogimiento, porque su padre era muy temeroso de Dios y deseoso de que sus hijos se dedicasen á la vir-

tud desde sus tiernos años; y, aunque se criaron con mucha abundancia, siempre su padre cuidó de darles ayos de muy buenas costumbres y de que estudiasen en el colegio de la Compañía, como estudiaron hasta Retórica, en la cual fué D. Alonso Guerrero muy aventajado estudiante; y, como era de tan buen natural, áun cuando dejó de venir á los estudios, buscó siempre ejercicios honestos y de letras en que ocuparse.

Entró en la Compañía el año de 611, á los treinta y cinco de su edad; y aunque en estas vidas se suele hacer de ordinario poco caso de las cosas que en el mundo causaban lustre á los religiosos, en esta ocasion sería menoscabar mucho las virtudes de este siervo de Dios, si no se hiciera alguna memoria del fausto y grandeza de las riquezas en que se hallaba, cuando la vocacion de Dios le sacó de las tinieblas del mundo á la luz admirable que comunica en la religion.

Fué uno de los hombres nobles que se trató con más lustre y mayor abundancia y lucimiento: de suerte que, con haber en aquellos tiempos tantos que se esmerasen en galas, en vestidos, en jaeces, en caballos, y que en las fiestas públicas que se ofrecian, que no eran pocas, hiciesen tan notable ostentacion de sus riquezas; D. Alonso era el que se llevaba la gala entre todos, y estaba tan sobrado de libreas, jaeces y caballos, que no sólo tenia para sí con abundancia, sino que participaban de ella muchos otros, áun de los muy ricos que, aunque no tenian falta de nada de esto, por ser los caballos que este caballero tenia en su caballeriza tan bien impuestos y de tan buena raza, dejaban de salir en los propios por salir en los que él tenia, por ser en todo aventajados y tener él la mayor parte de su gusto puesto en que fuesen muchos y muy buenos, y áun hasta los virreyes de aquel reino gozaban de esta ocasion en regocijos públicos.

Tambien era grande el aparato que D. Alonso tenia de vestidos ricos, jaeces preciosos, criados y libreas y todo lo que pertenecia al trato de su persona, que todo esto corria por cuenta de su padre, el cual era tan magnífico y ostentativo, que tenia por honra y gusto suyo particular que no hubiese quien en esta grandeza exterior igualase á sus hijos. Y, para que D. Alonso Guerrero pudiese hacer mayor ostentacion de su riqueza, le tenia cada año señalados cuatro mil pesos de cierta renta particular que él tenia, los cuales le daba en reales, para que estuviesen á su disposicion y los gastase cada año como quisiese; mas D. Alonso fué siempre tan medido y compuesto, que ni un real gastaba mal gastado ni en cosas indiferentes, sino todo en limosnas y obras del servicio de nuestro Señor, de que fué testigo y lo confesó en público varias veces el P. Bernardino de Llanos, que habia sido su maestro en Retórica, y así le comunicaba más que á otro.

Entrando un sábado por la tarde en el colegio, oyó que se cantaba la Salve de la Virgen Santísima, á que asistian todos los estudiantes con mucha solemnidad y música de voces y de instrumentos, como se ha acostumbrado siempre, por el mucho cuidado que en ello puso el P. Llanos, que como prefecto que fué casi siempre de aquellos estudios, y tan aficionado al servicio de la Virgen Santísima, se esmeró en que se le cantasen Misas y Salves con mucha música y solemnidad.

Agradado, pues, D. Alonso Guerrero de la Salve que habia oido, preguntó que quién daba la limosna para sustentar aquella capilla, y sabiendo que le costaba cuidado al P. Bernardino de Llanos, se ofreció él de su voluntad á dar cuanto fuese necesario para Misas y Salves de nuestra Señora, y, desde aquel día hasta que entró en la Compañía, lo cumplió con grande abundancia y puntualidad, enviando muy á tiempo los tercios de los salarios que se daba á cada uno de los músicos. Y como en esta obra tan loable gastaba esta parte del dinero que libremente podia gastar en lo que quisiese, tambien lo hacia en otras muchas limosnas. Y bien se ve cuán gran virtud sea en un caballero mozo gastar en limosnas y obras del servicio de Dios lo que otros suelen emplear en cosas bien diferentes y contrarias á estas.

Fuera de esto, á no ser este caballero tan concertado, tuvo ocasion para tener muchos gastos, pero bien se ve que estaba léjos de gastar mal gastada y echar á mal la otra mucha cantidad de hacienda que su padre quiso corriese por su mano, quien tan virtuosamente gastaba la que estaba á su disposicion; y así su padre no reparó en fiarle muchas mayores cantidades de hacienda.

Habiendo juzgado que no era justo que sus hijos estuviesen ociosos ni dejasen de emplearse en el gobierno de las muchas y muy ricas haciendas, que por muerte de su madre quedaron por su herencia materna, se determinó á encomendar á cada uno de los dos hijos que tenia, las dos partes más gruesas, para que en vida suya la administrasen. Y así á su segundo hermano envió á las minas de Zacatecas, y por la de D. Alonso Guerrero quiso corriesen las haciendas de minas que tenia en las de Pachuca, así por ser esta hacienda más gruesa que la otra, como por estar cerca de la ciudad de Méjico, que podia, estándose en su casa, gobernarla; porque apartar de sí un hijo tan querido, le seria á su padre muy dificultoso, respeto de que era notablemente mayor el amor que su padre le tenia, y conseguia de esta suerte el tenerle loablemente ocupado y juntamente tenerle consigo.

Muy sabido es en este reino cuán gruesa mina fué esta, que en Pachuca se llamaba la Duquesa, y en el beneficio y costa de esta hacienda se gastaba cada año ochenta mil pesos, siendo esa misma cantidad, y algunas veces más

la que rendia todos los años en barras de plata horra y neta. De suerte que de sola esta hacienda de minas manejaba ciento y sesenta mil pesos, ochenta mil para el coste y otros ochenta mil para el provecho de su dueño, de que se infiere cuán grande fué la cordura de este caballero en la administracion de tanta hacienda, que jamás su padre tuviese ocasion de entender se hubiese echado á mal la parte más mínima de ella, donde pudiera haber tantos millares de engaño; ántes le decia por menor en qué habia gastado los cuatro mil pesos de que libremente podía disponer.

Su padre notaba y admiraba todo esto; porque, como persona tan prudente y experimentada, estaba atento á todo, y cada día más pagado de la persona y buenas prendas de su hijo, por las cuales no se puede fácilmente decir cuán bien recibido y cuán amado y estimado de todos estaba en la ciudad, teniéndole por ejemplo, no sólo de nobleza, sino tambien de virtud, que aún parece que para lo que nuestro Señor pensaba obrar en él, le acreditaba Su Majestad de su mano para en lo de adelante.

Hallándose, pues, en esta grandeza y ocupado en estos ejercicios D. Alonso Guerrero, interrumpió Dios nuestro Señor súbita é impensadamente las máquinas que su padre trazaba en su corazon, y las esperanzas que de sus mejoras y valimientos pudiera tener; y fué servido de tocarle el corazon y llamarle con tal vehemencia y prisa, que entrándose un día por las puertas del colegio, en el cual sabia que no estaba el P. Provincial, porque se habia despedido tres ó cuatro días antes de él y de su casa, para irse á las provincias de Mechoacan, se fué derecho al aposento del P. Maestro Pedro Diaz, sin saber que fuese Viceprovincial; porque, ordenándolo Dios así para el efecto que luego veremos, fué cosa impensada el dejarle el P. Provincial en su lugar. Y como quien venia herido de los rayos de la luz de Dios, le habló con tanta determinacion, que fué mucho conceder treguas de un solo día.

Despues de muchos ruegos que el P. Viceprovincial le hizo para que no se quedase en el colegio, porque su venida fué tan á cosa hecha, que no le dijo más que estas palabras: «Padre, yo vengo á este colegio para no salir de él, que no me dá Dios más lugar ni me consiente más tardanza; Su Majestad quiere que yo le sirva en la Compañía, y manda que esto sea luego; V. P. no ha de ser contrario á lo que quiere Dios, y así yo no he de salir de esta casa ni he de dormir esta noche sin que consiga mi intento;» pero, como segun los dictámenes de prudencia, estos movimientos, aunque sean repentinos, no es bien que se ejecuten de repente, sino con maduro acuerdo y consulta hecha á Dios; el P. Viceprovincial, cuya prudencia y virtud fué rara, no reparando en lo principal de este caso, que era el no poder él recibirle en la Compañía, por no saber el órden que habia de Roma, le dijo, que con mucho gusto acudiria

á dárselo en esto, pero que bien sabía que en la Compañía se consultaban y examinaban mucho estas cosas, y que el ejecutarlas tocaba al P. Provincial, y por lo ménos se le debía dar cuenta, como se haría con mucha brevedad y mensajero propio, y que entre tanto se vería el modo que había de haber en dar parte de esto á su padre, sin cuya voluntad y expreso consentimiento la Compañía no le recibiría.

A todo repugnó la fuerza de la divina vocacion, que impelia á D. Alonso, y mucho más á lo del consentimiento de su padre, que sabía que el darle sería imposible. Y últimamente, despues de muchos dares y tomares, fué su resolucion que á él no le daban treguas los impulsos de Dios, y que así no las podría conceder más que de un solo día que esperaría, y que si en aquel término no conseguía el de su deseo, vería qué otro medio podría tomar para librarse de la apretura en que se hallaba.

Despidióse de él el P. Viceprovincial, y luego dió parte á los Padres Consultores de lo que se había tratado, cuyo parecer fué, que aunque regularmente hablando se debía esperar el beneplácito del P. Provincial, que es el que sólo recibe en la Compañía, cuya costumbre tambien es dar parte á los padres de los que han de ser recibidos, pero que este caso, como tenía particulares circunstancias, pedía tambien particulares expedientes; pero que en todo acontecimiento se debía dar cuenta al virrey de las apreturas que traía consigo este negocio, pues hacer con su Excelencia este oficio era cosa debida, tanto por el puesto que ocupaba, quanto por ser tan aficionado patron y favorecedor de la Compañía; y pareciendo imposible que su padre diese el sí, para el efecto de esta pretension, pues ántes se podía y debía temer cualquiera violencia, cómo cuerdamente recelaba D. Alonso, si sería inconveniente esperar á darle parte del hecho, cuando ya lo estuviese, ó si se arriesgaria el peligro del hijo, por no atropellar el respeto y buenas correspondencias que se debían al padre.

Hízolo así el P. Viceprovincial, dió cuenta de todo á su Excelencia, que era el Marqués de Salinas, más conocido por su propio nombre de D. Luis de Velasco, que despues fué Presidente del Real Consejo de las Indias. La respuesta de este príncipe fué tan acertada, como de su discrecion se esperaba, porque en oyendo el caso respondió: «Nuevo se me hace que en eso haya duda;» ese colegio ¿no es de D. Alonso Guerrero? ¿No es él el patron? ¿Cómo le puede nadie estorbar que no se vaya á su casa? ¿Por qué se le ha de cerrar la puerta, si él se quiere entrar por ella? Su padre cierto es que se lo estorbará, pero por eso será más discrecion prevenir su sentimiento y que, cuando quiera estorbarlo, no pueda.

Con esta razon tan cuerdamente dicha, y con el seguro de que corria por

cuenta de su Excelencia reprimir el sentimiento del padre y satisfacerle, se determinó en la consulta que se admitiese en la Compañía á D. Alonso Guerrero. Y para que se vea el lugar que tiene la circunstancia que dije, dióse parte luego al P. Provincial del hecho, y su respuesta fué que se alegraba mucho de lo sucedido, y que en el modo hallaba mucho de Dios; porque era cierto que, si como esto se concluyó en ausencia suya, se le tratase á él, ni lo haría ni lo podía hacer, porque tenía orden apretado de nuestro P. General, que por varias conveniencias de la Compañía le vedaba seriamente el poder recibir á ninguno que fuese fundador ó patron de ella, sin que primero se avisase á Roma, y que, sin duda ninguna, atendería á este orden tan apretado, y no se recibiría.

Viendo, pues, que el dejar al P. Maestro Pedro Diaz en su lugar fué caso acelerado, y que, por serlo, no le instruyó en el orden que acerca de esto había, y que esperó Dios nuestro Señor á traer á este caballero á comunicar sus deseos, cuando faltó el que había de imposibilitar la ejecucion de ellos, porque, si cuatro ó cinco días ántes lo tratara, lo más cierto fuera no entrar en la Compañía; no podemos decir otra cosa, sino que Dios de su mano quiso abrirle la puerta de la Compañía. Y así dispuso el tiempo y la sazón en que vivamente le llamó para ver un hombre tan estimado de todos aquellos reinos, que nunca cesaban los nobles, los caballeros y los hombres de monta de ponderar la grandeza con que había vivido en el siglo, verle vivir por tantos años una vida tan inculpable, tan retirada, tan escondida, y verle llevar con tanto gusto el verse olvidado de todos y olvidando á todos, y toda su vida se puede llamar con razon portento de la gracia de Dios.

Porque aunque es así que, por haber sido tanto y tan singular su retiro, y haber vivido con tanta soledad y tan para Dios y para sí, no sabemos casos particulares de su interior, porque él guardaba su secreto para sí, y es sin duda que tendría muy singulares favores de nuestro Señor; pero el mismo esconder esos favores y vivir enterrado en vida, no es poco portento de la gracia de Dios.

Lo primero que hizo, no solamente en el noviciado, que pasó con grandísima perfeccion, amoldándose á los ejercicios religiosos, como si toda su vida los hubiera profesado, y dando á los demas novicios muy grandes ejemplos de humildad y haciéndoles con su puntualidad que se extremasen en tenerla; ni solamente en el tiempo de los estudios, en que mostró las mismas virtudes de humildad y puntualidad, con las cuales y con su modestia causaba grande admiracion á los demas estudiantes, sin faltar á los ejercicios de pasar y repetir las lecciones, y dar cuenta de ellas con grande exactacion; con lo cual llegó á tener muy suficiente caudal de letras para leer, como

leyó, Filosofía y Teología con universal aprobacion: pues digo que no solamente en estos tiempos, sino en todo el discurso de su vida, lo primero que entabló fué despegarse de todas las cosas del mundo, y principalmente de sus parientes, de suerte que muchos, no solamente de los seglares, sino aún de los religiosos de la misma Compañía, tenían esto á demasía, y lo calificaban por extremo vicioso.

Para entrar, pues, á decir cuán observante y perfecto obediente fué el P. Alonso Guerrero, bien se asienta por fundamento este tan notable despego que tenia de los suyos. Su padre siempre vivió sentido de la extrañeza con que le dejó, que él llamaba crueldad. Deseara mucho este caballero que el P. Alonso le viese algunas veces, y le comunicase con alguna afabilidad y continuacion; mas el siervo de Dios estuvo siempre tan en sí, que sin faltar á los oficios y reconocimientos naturales de hijos, y al respeto que á tan principal persona debía, le trató tan á lo extraño, que jamas quiso saber ni tratar con él el estado de su hacienda, ni quiso tener noticia de cosas domésticas, de los sucesos de los suyos, que por ser un linaje muy grande y muy extendido, es cierto habria muchas causas de que la naturaleza le engendraria deseo de tener noticia, sin preguntar jamas ni saber qué suceso tuvo tal pleito, qué fin tal pretension, qué corte se dió en tal ó tal diferencia que habria entre los del linaje.

De todo esto estuvo tan ajeno, que de todo punto lo ignoró; y algunas veces los que le hablaban, suponiendo que habia tenido noticia de estos sucesos, hablaban de la justicia ó injusticia de ellos, ó de las conveniencias ó comodidades que habian resultado, y como no les salia á ello, echaban de ver ó sabian de él que totalmente los ignoraba, que no les causaba poca confusion y admiracion.

Y lo que entre los de la Compañía se solia ponderar mucho, y es cosa sin duda que con ser el Padre tan retirado y estar en el continuo recogimiento y soledad de su aposento, parece que adivinaba ó que Dios le revelaba cuándo le venia á ver algun pariente suyo ó alguna otra persona grave, y se prevenia de suerte que, aunque le buscaban por mucho tiempo, nunca le podian hallar. Y como fueron varias las veces que esto sucedia, dió curiosidad á algunos de saber dónde se escondia, y andando con advertencia, le vieron algunas veces salir de un rincon del coro, que está detrás del órgano, ó de alguna capilla, donde se recogia para gozar de su inmunidad contra la violencia que se hacia á su propósito de vivir olvidado y despegado de todos.

Aunque el Padre vivia tan escondido, era imposible que lo estuviesen sus virtudes, por las cuales muchos deseaban comunicarle; entre los cuales fué uno el Marqués de Cerralbo, virrey de la Nueva España, muy aficionado y

devoto de la Compañía que, como gustaba de hablar de cosas espirituales, teniendo noticia del retiro con que vivia el P. Guerrero, y de lo que habia sido en el mundo, le envió á rogar le viese, y el Padre, aunque contra su inclinacion y gusto, hubo de acudir al mandato de este príncipe. Hablóle el virrey aquella vez, y confirmóse en que era así todo lo que del Padre habia oido; rogóle mucho que tuviese por bien que le comunicase, y que así fuese á Palacio las veces que le llamase.

Como el Padre era tan cortesano, no osó repugnar á este ruego del virrey, y así fué la segunda vez que le llamó. Mostró su Excelencia haber quedado con gusto de lo que en materia de espíritu oyó al Padre, y así le tornó á llamar tercera vez. Ya entónces debió de cogerle este tercer mandato tan reprendido de su conciencia, que anteponiéndola á la autoridad del virrey, le dijo que le perdonase, porque él se habia acogido á la religion por dedicarse á Dios sin estorbos ningunos, y que Su Majestad le habia hecho favor de concederle un grande amor á la soledad y al despego de todo lo visible; y que, aunque interesaria muchas ganancias en el trato tan espiritual de su Excelencia, le parecia que disminuia del propósito que habia tenido de vivir retirado y olvidado de todos. Y tales cosas le supo decir en esta parte, que el Marqués condescendió con el Padre, y dijo que posponia el gusto y provecho de su conversacion á la observancia de sus buenos propósitos, y así no le tornó á llamar.

No fueron dos ni tres, sino muchas más las veces que aconteció haber en aquel colegio algunos Padres que venian de las misiones ó de otras partes distantes de la provincia, y, despues de haber estado muchos dias y aún algunas veces meses enteros en casa, casualmente los encontraba el Padre en algun tránsito, y como era tan cortesano y tan comedido, teniéndolos por recién llegados, y por cumplir la regla que da licencia para abrazar á los que van ó vienen de camino, se llegaba á darles la bienvenida, y sabiendo de ellos el tiempo que habia que estaban en casa, se echaba á sí la culpa de no haber sabido de su venida.

Una vez que venia por la calle, se llegó un hombre desconocido á preguntarle cómo se llamaba el P. Rector de uno de los colegios más cercanos de donde vivia, y el Padre se halló tan embarazado, que se echó de ver que no sabia quién era el Rector, y así se remitió á su compañero, y varias veces hizo lo mismo en ocasiones en que le preguntaban dónde vivia tal ó tal Padre.

Pero lo que más espantó fué, que habiendo venido flota ó navío de España, en que vinieron los pliegos del gobierno y se abrieron y publicaron, cuidó tan poco de saber quién era Superior de tal casa ó colegio, que nombrándole despues de algunos meses al P. Prepósito de la casa profesa de aquella

ciudad, y haciéndosele cosa nueva que el Padre que le nombraron fuese Prepósito, se echó de ver que en todo aquel tiempo no había caído en su pensamiento saber qué mudanzas había habido, siendo así, que son estas de las cosas que se saben, áun cuando no se preguntan.

De aquí se infiere, cuán ajeno estaba de saber cosas que requieren particular curiosidad y cuidado, y respecto de esto, no hará novedad que una vez llevándole á firmar un caso de conciencia, que iba ya firmado de otros, haciéndose en él mencion del Vicario general de la Sede vacante, preguntó si era así que en aquella diócesis había Sede vacante y Vicario general, cosa que causó admiracion al Padre que le llevaba el caso, por haber sido muy controvertida la ausencia del Arzobispo, y que había durado mucho tiempo el tratarse de ella.

Y á este tono pudiéramos decir otras cosas que pasaban dentro de casa, de que puede ser ejemplo lo que pasó habiendo hecho órdenes en aquel colegio uno de los Prelados de aquel reino, que viniendo de España se aposentó en él de camino para su obispado, y siendo tiempo de ordenar á nuestros estudiantes del cuarto año, el Obispo quiso hacer este oficio, y en tres días festivos, conforme al privilegio de la Compañía, celebró dentro de casa órdenes.

Sucedió que despues de algunos días vió el P. Guerrero á uno de estos Padres recién ordenados, á quien él tenía por Hermano, que se sentó junto á él en la mesa, y reparando en ello, preguntó despues de haberse levantado, que cómo aquel Hermano se sentaba en el lugar de los Sacerdotes, y sabiendo con esta ocasion como ya no era Hermano, fué con su acostumbrada caridad y cortesía á besar la mano á aquel Padre y á los demas que en aquella ocasion se habían ordenado, disculpándose de no haberlo hecho ántes, porque no había llegado á su noticia.

Estas son demostraciones con que se prueba cuán atento estaba el Padre á sí mismo, y cuán poco cuidaba de las cosas que, aunque fuesen de casa, no estaban á su cargo, y estas demostraciones eran nacidas de aquel retiro y deseo de soledad, que le podemos llamar portentoso. Porque si no era á cosas de obediencia, ó á visitar los enfermos de casa, jamas salía de su aposento, ni se supo que hablase á ninguna persona fuera de la quiete, y áun en la quiete (para que se eche de ver cuán consideradamente procedía en todas sus cosas) se hubo con esta diversidad de tiempos y sucesos. Lo primero, desde que entró en la Compañía hablaba en ella palabras muy contadas, de suerte que cuando hablase en la quiete tres ó cuatro razones era mucho, y en este modo continuó mucho tiempo.

Sucedió que doce ó trece años ántes que muriese, padeció una enfermedad de dolor de costado tan terrible que le puso en lo último de la vida:

escapó de ella con el favor de nuestro Señor, y desde este tiempo se le notó que aunque todos los días iba á quiete dos veces, pero no hablaba palabra, si no fuese que alguno le preguntase algo, y entónces respondía con suma brevedad, de suerte que ya en este tiempo excusaba las pocas razones que hasta entónces había hablado.

Como esto no se podía dejar de advertir, tenía dos respuestas para satisfacer á los que le preguntaban la causa. A lo comun respondía, que él echaba de ver su mucha ignorancia, y que no podía hablar delante de gente tan sabia, y que así quería más aprender de otros, á los cuales se alegraba notablemente de oír hablar, que mostrar hablando su corto saber. A algunos otros á quien reponía más seriamente y descubriendo lo que pasaba en su corazon, decía, que cuando en aquella enfermedad había estado tan al cabo, ninguna cosa le remordia más la conciencia que algunas palabras que había hablado, y que, escarmentado, no quería otra vez llegar á aquel trance con semejantes cargos, y que así él tenía la recreacion que la Compañía pretendía en la quiete, en oír lo mucho bueno que decían los demas, y excusaba los remordimientos de conciencia que le causaba su poca advertencia en hablar.

Con todo esto áun se estrechó más en esta materia, porque dos ó tres años ántes que muriese, pidió licencia á los Superiores para no ir á quiete. Y aunque se dijeron varias causas que pudo tener en estas determinacion, lo que juzgaron los Padres graves, fué que se quiso privar del gusto que tenía en oír hablar á los demas, y mortificándose en esto, vivir más retirado y con mayor soledad; porque ya se sabía que cada año sacaba de los ejercicios alguna nueva mortificacion, y así estaban los de casa atentos al efecto que se seguía del fin de sus ejercicios. Y como este año comenzó á no ir á las quietes, dijeron que el provecho de aquel año había sido mayor retiro y mayores demostraciones del amor que tenía á la soledad; del cual se le ocasionó primero el huir conversaciones con los seglares como se ha dicho, y despues áun con los de la Compañía.

Como estaba hecho á tratar con Dios y consigo solamente, llegó á tal término que no sabía conversar con seglares, como le sucedió con un caballero noble, el cual, en ciertas diferencias de hacienda que tenía con unos deudos del P. Alonso Guerrero, quiso informarle de algunos puntos, para que con su autoridad mediase en aquella causa. Visitóle la primera vez y salió tan confuso, que no osaba decir lo que sentía acerca de la ineptitud y poco modo que halló en el Padre, para entender aquellas materias, y por entónces lo atribuyó á mala disposicion corporal con que se hallaría el Padre en aquella ocasion, por lo cual dilató para otra el verle. Visitóle la segunda vez, tornóle á informar lo mismo que la primera, y hallóle tan inepto esta vez como la